

de la

PROVINCIA DE GERONA

Órgano Oficial de la Fusión Republicana

Se publica semanalmente

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: «Centro de Fusión Republicana» — Plaza de la Independencia

Año I.

Gerona 5 de Setiembre de 1897

Núm. 17.

PRESAGIOS

Grave, muy grave es la actual situación de España y ya nadie duda que si una voluntad titánica no se presenta á sostener la tremenda crisis por que atravesamos, vendrá irremisiblemente la *débaclé* con su séquito de miserias y horrores.

La muerte de Cánovas ha venido á precipitar los acontecimientos y ¡quién sabe adónde éstos nos conducirán!

En las actuales circunstancias es necesario en el poder un hombre enérgico que sepa atemperarse á ellas y hacer frente á la política absorbente de los Estados Unidos, acabando de una vez con esas guerras malditas que tantos sacrificios nos cuestan.

¿Quién nos garantiza esto? ¿Qué hombre ó qué partido responde de la terminación de las guerras, pronto y honrosamente?

Por más que se escudriñe no se ha de encontrar un político restaurador capaz de ocupar el puesto que dejó vacío la muerte de Cánovas.

Todos ellos, incluso Sagasta, se hallan desprestigiados ante la opinión pública y, por tanto, incapacitados para el gobierno de la nación.

Nosotros, los republicanos, vemos el horizonte muy oscuro, señal precursor de grandes desdichas y calamidades. ¡Ojalá nos equivoquemos!

Pero la constante amenaza del carlismo, que yergue con altivez y atrevimiento fátuo su cabeza de monstruo, y la debilidad de nuestros gobiernos, que no se atreven á romper lanzas con la reacción, nos hacen presagiar esos futuros males, como si aún no fueran bastantes cuantos nos ha deparado la restauración, por ley de fatalidad que pesa inflexible sobre este desventurado país.

A pasos agigantados se acerca, pues, la hora de una crisis suprema.

En ella se ha de decidir la victoria por el absolutismo ó por la libertad.

Si estamos prevenidos, podremos salvar á ésta sin mucho esfuerzo, de los desplantes de la reacción, y hundir en el polvo para siempre al absolutismo.

Medite el pueblo republicano y obre en conciencia, sin perder tiempo, que ya ruje la ola, embravecida por el empuje de la tormenta que avanza.

C.

Bien estamos

Al parecer, los carlistas quieren demostrar las energías que durante largo tiempo, según ellos, han tenido guardadas por patriotismo.

Por esto cuando hablan de las guerras coloniales que nos aniquilan, dicen que los insurrectos cumplen su deber, al levantarse en armas contra su madre patria. ¡Claro! porque ellos, esos buenos patriotas, esos amantes de Dios y el trono, dicen y hacen lo contrario; y de ese modo demuestran que todo lo que ellos creen es pura farsa, pues uno de sus lemas es Patria y obrando de ese modo, se vé que la quieren mucho.

No tardaremos pues, en conocer sus hazañas, en ver sus crímenes, y en lamentar sus horrores, convirtiéndolo la nación en ríos de sangre y en montones de escombros; pero hay una mano precursora, que pondrá límite á sus proezas y cual fuerte muralla privará que sus *ideales* se vean cumplidos.

En caso contrario, es decir, que lograsen su triunfo, cosa imposible que sólo puede admitirse como mera hipótesis, no lo gozarían por mucho tiempo, pues ellos con sus actos abalanzarían una roca que hay en la cúspide de la montaña que cual fuerte avalancha, aplastaría todo lo que á su paso encontrara, y sus grandes esfuerzos, quedarían reducidos á la misera defensa del más insignificante reptil contra el poderoso rey de los bosques.

¿Qué podría, entonces pues, resultar? Una cosa igual al año 35 y con más funestos resultados, porque en esa época los pueblos estaban dominados más que ahora por el fanatismo religioso.

Esperamos pues, que esos señores carlistas, esos *nobles patriotas*, esos amantes de Dios y el trono, sabrán despertar sus ocultas energías, pero cuando llegue esa hora, ya nos encargaremos los republicanos de darles su merecido premio en recompensa de sus méritos.

Con el tiempo la historia nos narrará sus actos; de éstos dependerán nuestros hechos, y los crímenes por su Rey tendrán corona de espinas, en vez de laurel, porque el laurel sólo puede ostentarlo la libertad.

B. D.

EL MARTIRIO DE LA ELOCUCIÓN

(Recuerdos de una Revolución)

III y último

Luis XVI estaba á la sazón en el Temple, pero no olvidado. La Convención se acordaba de él, y los más exaltados pedían su vida. Dantón la deseaba, Robespierre la quería, Marat la necesitaba y Saint-Just la exigía. Por fin estaba sobre la mesa la fortuna ó la desgracia del Borbón encarcelado. Se echó la suerte: la suerte le fué adversa, y la Convención arrojó aquella cabeza al pueblo, como se arroja un pedazo de carne á una fiera para entretenerla en su hambre. Los girondinos, que habían peleado por la vida y se habían opuesto á la muerte de un hombre, siquiera fuera un rey, es decir, un tirano, cedieron

al fin torturando su conciencia á la sanguinaria venganza de los jacobinos, y Verniaud, que dijera ser una cobardía votar la muerte de un indefenso y desarmado, no tuvo más tarde la suficiente valentía para oponerse á aquel sacrificio que había de traer tantas complicaciones á la Francia y tanto anatema á los franceses, pues Luis XVI, desterrado hubiera sido más pequeño, hubiera hallado más olvido y perdido más defensores, cuanto Luis XVI, cubierto con toda su mansedumbre y decapitado con toda su familia, se hizo más grande y halló más lástima y conquistó más soldados; que la humanidad es siempre generosa y simpatiza siempre con los desheredados, y los aflijidos, y los sacrificados. Su muerte no sirvió más que para divinizarle en el tiempo, porque el martirio es una aureola que resplandece en cualquier frente.

Era en aquellos momentos cuando Robespierre gozaba ya de gran popularidad. Los girondinos, quizás demasiado temerosos de una dictadura, comenzaron su cruzada contra aquel en quien presentían concentrarse un tiránico poder. Acusaronle de haber permitido que se le nombrase como el único hombre de virtud y de haber procurado por todos los medios un despótico mando. La victoria, al parecer, fué completa, pero á Robespierre no le intimidó. No acostumbraba nunca á improvisar y menos en cuestión tan grave. Pidió se le concedieran días para contestar, pasados los cuales pronunció su defensa y salió cubierto de aplausos. Desde aquel día su estrella no se eclipsó, hasta que su mano fué la única conductora de los destinos de Francia. Aquel aborto del terror, pálido y rígido como la muerte misma, una vez dueño de la revolución, creyó que las ideas se matan exterminando apóstoles, y quiso purgar á su patria del error decapitando genios. Acusó á los girondinos de atentar contra la unidad é individualidad de la nación predicando el federalismo; y el pueblo que le escuchaba, preso de la atonía del alma, los condenó porque Robespierre los acusaba, y Robespierre era para ellos el salvador del pueblo, que había subido uno á uno los peldaños de la gran escala, y se exponía desde su cúspide á la mirada del mundo y á la obediencia de la Francia como el oráculo sobre el trípode. ¡Vertiginosa altura, desde la cual había de caer su cabeza como una bomba en medio de la plaza del cadalso!

En tanto que Robespierre acusaba á los girondinos en la Asamblea, Camilo Desmoulins, cuya pluma de oro él empapaba en cieno, al mismo tiempo que lamía cobarde la planta de Dantón, los acusaba en sus folletos callejeros de supuestos crímenes con vergonzosas invenciones. La credulidad aceptó aquellas mezquinas falsedades y los persiguió. La Convención los mandó encarcelar en las prisiones que aun guardaban los ayes de las víctimas de Septiembre. Allí permanecieron hasta los últimos momentos de la vida, firmes en su convicción é inquebrantables hasta su muerte. Ninguno desmintió su valor ni manchó su vida con accesos de debilidad. Verniaud tenía veneno y lo arrojó para esperar el momento en medio de reflexiones, después de haber grabado en la pared con segura mano y propia sangre el epitafio de su tumba: *Potius mori quam fedari*. Algunas veces, mezclándose con sus amigos, dejaba escapar

alguna relampagueante frase; ellos le instaban para que las anotase para defenderlos; pero él no se dignaba recoger, como dice Lamartine, aquellas migajas de su genio.

Llegó por fin el día de la vista del proceso y se los condujo al tribunal. Todos entraron en la sala con la cabeza erguida y la frente limpia de toda mancha. Se sentaron en el banco de los acusados y oyeron su acusación. Se defendieron y callaron, como también calló el tribunal para romper luego el silencio con la sentencia. Unos la oyeron con resignación, otros con muestras de furor. Vergniaud, que según Thiers tenía aquel día algo de desdenoso y fiero, con la divina altanería del mártir. Lo Valazé, lleno del ardiente deseo de morir, sacó un puñal oculto entre sus ropas y lo escondió en la sangrienta herida de su pecho, suicidio que no le excluyó de ser conducido al cadalso lívido y yerto. El tribunal así lo decretó. Todo había concluido en aquel lugar. Salieron del salón victoreando la República y arrojando al pueblo las monedas que les quedaban, como para desposeerse de todo lo terreno. Al llegar de nuevo a prisión encontraron allí una suntuosa cena. Era la mano de Bailleul, que libre de la muerte en su escondite, cumplía su palabra de celebrar su dicha ó su desgracia. Los moribundos se sentaron á celebrar su muerte. A la conclusión Vergniaud levantó su voz. Las primeras tintas del alba daban aún más palidez á su rostro; el silencio más sonoridad á su palabra; el cadáver frío de Valazé á su lado más fúnebre verdad á los conceptos de aquel que hablaba de la *inmortalidad del alma*. Nunca su acento fuera más grandioso, nunca su inspiración fué más ardiente. Era la elocuencia, que se revelaba á orillas de la fosa, donde después de un instante debiera ser sepultada.

El día clareaba y la hora de la muerte se acercó. El ejecutor entró á cortar los cabellos de los sentenciados y á prepararlos todo para el momento del suplicio. Vergniaud sacó su reloj, escribió en una de sus tapas unas iniciales y la fecha de aquel último rasgo de su mano, y lo envió á aquella joven á quien se había unido en vida con los lazos del amor, y se iba á unir en muerte con los vínculos de un recuerdo sagrado. Las carretas se acercaron á conducirlos y fueron trasladados á ellas. Allí iban todos, incluso Valazé, cuya sangre se había coagulado y ennegrecido sobre su cuerpo, y cuya pálida cabeza rodaba entre los pies de sus amigos.—Era la única garganta que no entonaba un himno, sí, la *Marsellesa*, ese entusiasta pensamiento desprendido de la mente de Rouget de l' Isle en inspiradas y sonoras notas, era la única queja que exhalaban aquellos hombres, que parecían con su canto estar contentos de su muerte.

Una vez llegados al cadalso subieron los escalones de aquel tablado donde iban á representar su última desgarradora escena. Inmenso populacho presenciaba la ejecución; ni un momento cesaron los ecos de aquellas varoniles voces. La cuchilla parecía medir en sus golpes el compás de aquel canto. Cada cabeza que caía era un mundo de ideas que se desplomaba en el cesto, como esos otros mundos del espacio se desquiciaban en el vacío, si así como en aquéllos se rompían las leyes de la justicia, en éstos se interrumpían las leyes del universo. Así fué que el coro triste y lúgubre se fué debilitando como la voz de un hombre que, empeñado en cantar hasta la muerte, estuviere sintiendo como lentamente se apagaba su acento á cada gota de sangre que se desprendiera de la catarata de su costado, hasta que su última imperceptible nota se le escapara con la vida. Veinte veces había caído la cuchilla, y otras tantas veces había resonado aquel ruido en el pecho de un hombre que había presenciado la muerte de todos sus amigos, y que, único ya, entonaba su himno. Era Vergniaud, decapitado el último. Su sola voz hería el timpano de aquel encarnizado pueblo. De pié aún, con la cabeza erguida, se veía resplandecer en su frente un no se qué misterioso que debía ser su genio más que nunca impaciente por remontarse hasta el cielo. Pasaron unos momentos, y su boca cantaba la conclusión de una estrofa, y como si no quisiera su patria ni aún eso concederle, el sangriento filo de la guillotina cortó sus palabras cortando su garganta y separando aquella divina cabeza, que fué

á besar las restantes que le esperaban en aquel cesto, que lloraba sangre. El genio de Vergniaud le había hecho superior en vida á aquellos compañeros de martirio, y el destino quiso también que en muerte aquella pirámide de cabezas tuviese la de Vergniaud por cúspide.

Así se desvaneció en el aire la más hermosa palabra de la Francia; nadie como él había tenido aquellos arranques de ciceroniana tribuna, y nadie como él la había levantado á tanta altura, sobrepujando casi siempre sus modelos, llevando tras sí los corazones en la sublimación del entusiasmo, esparciendo la pura luz de su conciencia libre en todos los cerebros y predicando siempre la piedad y la mansedumbre y el amor á todos los hombres, desde todas las tribunas y aún á las puertas mismas de la tumba, en donde transfigurado y glorioso se desmayó en los brazos de la muerte.

M. E.

El Cabecilla

El cura acababa de decir misa, cuando le presentaron los prisioneros. Era en un paraje abrupto del monte Arichulegui. Una roca caída, en cuyos senos hundía gigantesca higuera sus retorcidas raíces, servía de altar, sobre el que, en lugar de paño, había extendida una carlista bandera frangeada.

Dos jarritas desportilladas hacían las veces de vinajeras. Cuando Miguel, el sacristán que ayudaba á misa, se levantó para pasar los Evangelios, oyóse el chocar de los cartuchos en la bolsa de municiones. En derredor los partidarios de D. Carlos formaban silenciosos, con el fusil en bandolera y arrodillados sobre sus boinas blancas. Un sol magnífico, sol de Pascua Florida, concentraba sus rayos deslumbradores en aquel hueco de roca, ardiente y sonora. A intervalos, un mirlo blanco interrumpía las salmodias del clérigo y de su monaguillo. En lo alto, sobre el pico festoneando recortábanse en el cielo las siluetas inmóviles de los centinelas.

¡Extraño espectáculo el de aquel sacerdote, jefe de una partida, oficiando entre sus soldados! ¡Cómo se leía en su rostro la doble existencia del cabecilla! Su tez bronceada de guerrillero acentuaba la dureza de las facciones; su aire de asceta carecía de palidez que imprime la sombra del claustro; sus ojos eran negros y brillantes; tenía la frente surcada por enormes venas, especie de cuerdas que parecían anudar el pensamiento fijándolo en una obstinación irreducible; siempre que se volvía hacia los asistentes abiertos los brazos para decir *Domnus vobiscum*, veíasele el uniforme bajo la estola, y la culata de un revolver y las cachas de una navaja, que levantaban su sobrepelliz arrugado. «¿Qué es lo que hará con nosotros?», se preguntaban aterrados los prisioneros. Y esperando que terminara la misa, recordaban todos los actos de ferocidad cometidos por el cabecilla; actos que le habían dado una reputación extraordinaria en el ejército carlista.

¡Qué milagro! Aquel día hallábase inclinado á la clemencia. La misa al aire libre, el triunfo de la víspera y además las alegrías de Pascua, que aún influían en el ánimo de aquel extraño sacerdote, reflejaban en su rostro un rayo de júbilo y de bondad. Apenas terminó el oficio, y guardados los vasos sagrados en un cajón que llevaba sobre el lomo de un mulo detrás de la partida, el cura se acercó á los prisioneros. Había una docena de carabineros republicanos, abatidos por un día de combate y una noche de angustia, sobre la paja del establo donde les habían encerrado después de la acción, lívidos de miedo; muertos de hambre; de sed y cansancio, estrechábanse unos contra otros como un rebaño en la puerta del matadero; sus uniformes manchados de heno; sus correaes desordenados, descompuestos por la huida y por el sueño; el polvo de que estaban cubiertos desde el pompón del ros hasta la punta de los zapatos amarillentos, todo contribuía á darles la siniestra fisonomía de los vencidos, cuyo desaliento moral se adivina en la postración física.

El cabecilla miró breve rato con una sonrisita de triunfo.

Agradóle ver á los soldados de la República humildes, descoloridos, harapientos, y compararlos con los carlistas, bien comidos, bien equipados, fuertes montañeses navarros y vascos, morenos y secos como algarrobas.

—¡Vive Dios, muchachos, la República da de comer mal á sus defensores!

Estáis flacos como los lobos de los Pirineos cuando las montañas están cubiertas de nieve, y bajan al valle á olfatear el olor de la carne por entre las rendijas de las puertas de las casas... Mejor tratados seréis al servicio de la santa causa; ¿queréis pasaros, hermarnos? Arrojad esos infames roses y poneos la boina blanca... Tan cierto como es hoy día de Pascua, á los que griten: ¡Viva Carlos VII, les perdono la vida y les ofrezco tratarlos como á mis soldados.

Antes de que el cura hubiese terminado, andaban por el aire todos los roses, y los gritos de ¡Viva Carlos VII!, ¡Viva el jefe!, resonaban en la montaña.

¡Pobres diablos! Habían tenido tanto miedo á morir y eran tan tentadoras las taja das que cerca de ellos humeaban á medio asar ante los fuegos del vivac, que palidecían á la claridad del día.

Creo que el pretendiente jamás fué vitoreado de tan buena gana.

—Que les den enseguida de comer, dijo el cura riendo. Cuando los lobos gritan con tanta fuerza, es que tienen los dientes largos.

Los carabineros se marcharon. Pero uno de ellos, el más joven, permaneció delante del jefe en actitud altiva y resuelta; que contrastaba con sus facciones añidadas y el suave bozo, apenas coloreado, que cubría sus mejillas como polvo blanquecino. El capote, demasiado grande, le formaba arrugas en la espalda y en los brazos, y de puro ancho hacía parecer más flaco y más joven. Ardía la fiebre en sus rasgados y brillantes ojos de árabe, encendidos por el coraje español, y la fijeza de su mirada molestaba al cabecilla.

—¿Qué quieres?, le preguntó.

—Nada. Espero á que decida usted de mi suerte.

—Tu suerte es igual á la de los otros. No he exceptuado á nadie. Todos estáis perdonados.

—Los otros son traidores y cobardes... Yo soy el único que no he gritado nada.

El cabecilla se estremeció y miróle cara á cara.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio Vidal.

—¿De dónde eres?

—De Puigcerdá.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—Se conoce que la República no tiene hombres cuando necesita quintar á los niños.

—No he entrado en quintas, padre... Soy voluntario.

—Mira, pillastre, que tengo más de un medio para hacerte gritar: ¡Viva el rey!

El niño tuvo un ademán soberbio.

—¿A qué no! dijo.

—¿Preferes morir?

—Cien veces.

—Está bien... morirás.

Entonces el cura hizo una seña, y el piquete formóse enfrente del sentenciado, que no pestañeó. Aquel rasgo de valor impresionó al jefe.

—¿No tienes nada que pedirme antes? ¿Quieres comer ó beber algo?

No, respondió el niño; pero soy buen católico, y no quisiera presentarme ante Dios sin haberme confesado.

El cabecilla tenía puesta todavía la sobrepelliz y la estola.

—Arrodíllate, le dijo, sentándose en una roca.

Los soldados se apartaron de aquel sitio y el sentenciado empezó diciendo en voz baja:

—Bendígame usted, padre, porque he pecado...

Pocos momentos después de empezada la confesión, estalló terrible tiroteo á la entrada del desfiladero.

—¡A las armas!—gritaron los centinelas.

El cabecilla saltó de su asiento, dió órdenes, distribuyó sus gentes y destacó las guerrillas. Sin quitarse la sobrepelliz, echó mano á un trabuco, y al volver aperció al niño que seguía de rodillas:

—¿Qué haces ahí?

—Espero la absolución.

—Es verdad, dijo el cura. Me había olvidado de tí.

Y con gravedad levantó la mano y bendijo aquella cabeza de niño inclinada; después, antes de marcharse, buscó con la mirada al piquete, que se había dispersado en el desorden del ataque; echó un pasó atrás, apuntó a su penitente, é hizo fuego sobre él á boca de jarro.

A. D.

NUESTRO AYUNTAMIENTO

Teníamos concebida la idea y formada la convicción íntima de que, si bien hay cierta dependencia entre el actual régimen municipal y el general del Estado, la conexión al enlace inevitable que existe entre la política y la administración, porque la política no es más que el medio para llegar á la administración, nuestros ediles, que los hay partidarios del absolutismo, otros que lo son del sistema liberal dentro de la Monarquía y otros del republicano, hijo de la verdadera democracia, en medio de los encontrados criterios que respectivamente sustentan, encontrarían, en las más de las cuestiones que debaten, cierto fondo común, algo en que todos hubiesen de convenir, circunstancia que les haría á todos ganar en prestigio y les aumentaría la consideración.

En este sentido procuramos llevar nuestra representación en el Ayuntamiento, ya que sabemos que nuestra organización política y administrativa es moderna y entendemos también que modernos han de ser los procedimientos, haciendo que el Ayuntamiento sea corporación esencialmente administrativa, y de manera que su acción, que es la más inmediata sobre la generalidad de los habitantes en la ciudad, influya para éstos siempre favorable y benéficamente.

No lo comprenden así nuestros ediles en su mayoría. Nos parece que hay quienes pretenden coartar la libertad de iniciativas y de acción, si es permitido así decirlo, á sus compañeros de Consistorio, sujetando el criterio y la voluntad de los demás á la voluntad y criterio de unos cuantos que no pueden, ni saben defender éste ni sostener aquella.

La anterior suposición tiene su fundamento en los hechos que se suceden en el Cuerpo municipal y en los asuntos que se votan, sin discutirlos verdaderamente, por haberlos prejuzgado los omnipotentes concejales, poderosa y eficazmente amparados por la Presidencia, cuando no está ocupada por quien tiene el deber de no abandonarla, mientras esté investido de la autoridad que ejerce, y así vemos que al derecho y al poderío que la ley atribuye al Ayuntamiento, en el nuestro, ha sucedido el predominio y la influencia de unos cuantos concejales. Al interés del pueblo ha sucedido el individualismo, el interés privado, el predominio personal.

Para demostrar lo anteriormente indicado, deberíamos hacer un exámen de los actos de nuestro Concejo, que sería prolijo dadas las dimensiones de nuestro modesto semanario. Sin embargo, nos fijaremos en dos ó tres hechos para justificar las censuras que dejamos consignadas, explicando antes el modo y forma de constituirse el Ayuntamiento para celebrar sesión, forma y modo más propio en un villorrio que en una capital de provincia.

Ocupada la presidencia por el Alcalde, ó teniente de Alcalde ó Concejales que legalmente la representan, deben colocarse á derecha é izquierda de aquélla, los Tenientes de Alcalde, los Regidores y los Síndicos, todos según el número de votos que hubiesen obtenido, estando en sus respectivos asientos con la debida compostura y sin fumar, y no de la manera que ciertos ediles, sobre todo un Teniente de Alcalde, permanece en su asiento, manera que no se le consentiría formando público y durante la vista de una causa en la Audiencia de lo criminal.

Abierta la sesión, el Secretario, y no un escribiente, ha de leer el acta de la sesión anterior y dar cuenta de los asuntos que le prevenga el Presidente, pues que ahora se está en la duda de si el Secretario de la Corporación es el señor Font ó el señor Dalmau.

Desde el instante que el Presidente ha pronunciado las solemnes palabras «queda abierta la sesión», el Ayuntamiento de Gerona debería, aparte de los asuntos de interés particular, tener tela bastante, como vulgarmente se dice, para emplear todas las horas reglamentarias en asuntos de vital interés para la generalidad de los habitantes.

Mas, no sucede así; sino que insiguiendo el temperamento del Presidente, todos los Concejales dan señales de estar violentos en sus respectivos asientos y procuran que se levante la sesión, cosa nada difícil para el señor de Ciurana y mucho menos para el señor Carreras, cuando *presidia*, sobre todo si el único individuo del Concejo que está en su puesto sereno, tranquilo y deseoso de que la ley impere,

formula un voto de censura contra la Presidencia.

En sucesivos artículos llenaremos el vacío que en este se observa y comentaremos la administración local de Gerona.

X.

ECOS

Avisamos á nuestros lectores que el BOLETÍN REPUBLICANO comienza á aparecer desde este número con fecha del domingo, por cuyo motivo sus suscritores habrán experimentado esta semana un día de retraso en su recibo.

A indicaciones que nos han hecho algunos suscritores, hemos introducido esa pequeña modificación, llevados por el deseo que tenemos de complacer á nuestros buenos amigos y coreligionarios.

Las poblaciones de esta provincia en que se hayan formado Juntas municipales interinas del partido de Fusión republicana, deben remitir sin pérdida de tiempo el acta de su constitución á la Provincial, pues por todo este mes hay que procurar que esté terminada la organización del partido, enviando todas las Juntas municipales copia del censo republicano de sus localidades respectivas á la Comisión Directiva de la Junta Provincial para poder proceder sin demora á la constitución definitiva en el próximo mes.

Todas las comunicaciones para la Junta Provincial deben dirigirse al presidente de la Comisión Directiva, si bien sobrecartadas á nombre del secretario, calle de Albareda, 20, 3.º

Nos participan de Susqueda que debido á un error, por cierto lamentable, hicieron constar á D. José Tarrés como vocal de la Junta municipal interina allí constituida, en lugar de D. Miguel Suy y Prat. Queda subsanada la falta.

También de Agullana apareció D. Pablo Rimalló Barneda como vocal, cuando en realidad es el secretario de la Junta municipal interina de dicha localidad.

Los bravos palentinos verificarán dentro poco una gran velada en honor del reputado letrado y hombre político D. Casimiro Junco, que falleció días pasados en S. Sebastián.

El señor Junco, que era estimadísimo en toda Castilla, desempeñaba actualmente la vice-presidencia de la Junta Directiva Central de la fusión republicana.

Asistirán á dicha velada necrológica comisiones de las dos Castillas y representaciones del Directorio.

Nosotros nos adherimos á ese solemne acto, dedicado á honrar la memoria de un ilustre republicano, al par que lamentamos tan irreparable y sentida pérdida que ha dejado un vacío no muy fácil de llenar en el seno del republicanismo español.

El día 1.º de los corrientes ha debido celebrarse en Gijón un gran *meeting* de propaganda republicana.

A continuación ha de tener lugar un banquete en Infesto, verificándose luego *meetings* ó conferencias políticas en Avilés, Sama, Miers y Lena, cerrando la campaña una gran reunión republicana en Oviedo. ¡Bien por los asturianos!

Corresponden á esta zona para el actual reemplazo del ejército 1,368 soldados.

Total unos cuantos brazos menos para la producción; y algunas lágrimas que van á verter las pobres madres de esos seres infortunados, por una ley injusta

«que el joven amante
le roba á la amada,
el hijo á la madre.»

Hemos recibido el núm. 17-18 de la «Revista Médica Rural» que publican los señores Alabern y Balvey en Blanes y contiene un importante sumario.

UNIÓN ES FUERZA

Fábula.

En un gallinero entraba cierta zorra muy ladina siempre que el sol despuntaba, y frecuentemente hurtaba

ya un gallo, ya una gallina.

De tan criminal acción aun hoy seguiría el curso, si un gallo con espolón no hubiera en una ocasión pronunciado este discurso:

«Señoras y caballeros que estáis presentes aquí: ¿por qué á los instintos fieros de la zorra, cual corderos nos entregamos así?»

«¿Queréis que todos caigamos en las garras asesinas de esa raposa que odiamos? ¿O qué queréis? ¿Cuándo vamos á dejar de ser gallinas?»

«Haré por que en vuestra mente provechoso influjo ejerza mi doctrina convincente: ya sabéis perfectamente que la unión hace la fuerza.»

«Pues si libramos queremos de nuestro enemigo cruel ¿qué mil demonios hacemos? Unámonos, y podremos reñir batalla con él.»

«Estemos desde hoy con gana de armar tremenda camorra; y cuando llegue mañana, de una tunda soberana pongamos verde á la zorra.»

Así, con ansias fervientes de probar de su opinión las ventajas excelentes, se dirigió á sus oyentes el gallo con espolón.

Palabras tan arrogantes las recibió la asamblea con aplausos delirantes, y todos los circunstantes se asociaron á la idea.

A la siguiente alborada siguió la zorra atrevida su costumbre inveterada sin haber sabido nada de la rebelión urdida.

Y cuando del gallinero se hallaba muy cerca ya, un gallo grave y severo salió con paso ligero y le dijo:—¡Tente allá!

Si deseas que no corra riesgo tu vida, huye pronto ó busca quien te socorra. —¡Vamos!—replicó la zorra— ¡tú me estás hablando en tonto!

¿Cómo te expresas así, sabiendo que siempre yo tuve poder sobre tí? —Hasta hoy lo tuviste, sí; pero en adelante, nó.

—¡Holá! ¿Me das á entender con tus alardes extremos que hoy es mayor tu poder? —¡Pronto lo vamos á ver!

—¡Pues claro que lo veremos! Tan luego como acabaron los dos rivales de hablar, las otras aves llegaron y con la zorra trabaron una lucha singular.

Ni una ave en la lid impía de luchar se fatigaba; y así el tiempo trascurría, y la zorra más crecía, y la zorra se quejaba.

De la refriega espantosa resultó—y de presumir es bien sencilla la cosa— que á la misera raposa la pusieron á parir.

Mas obteniendo perdón tras lo recio de la tunda largóse sin dilación diciendo:—¡Maldita unión que así en mi daño redundó!

Mil rumores se extendieron de los detalles que abarca cuanto las aves hicieron, y á ofenderlas no volvieron las zorras de la comarca.

Actualmente al recordar la hazaña, no desprovista de interés que di en contar, suele de este modo hablar el gallo propagandista:

—Tan elocuente lección sirve para comprender cuán poco avisados son los que por falta de unión se dejan escarnecer. —ALVARO ORTIZ.

Imprenta del BOLETÍN.

SECCION DE ANUNCIOS

BOLETÍN REPUBLICANO

de la

Provincia de Gerona

Organo oficial de la Fusión Republicana

SE PUBLICA SEMANALMENTE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 1.50 TRIMESTRE

Anuncios á precios convencionales

Vinos legítimos

de la antigua y acreditada bodega

— DE —

Hijo de F. Ramos Téllez

DE MÁLAGA

(Fundada en 1812)

Jerez seco, Málaga dulce de color, Blanco dulce y Marsala

Lágrima, Madera, Pajarete, Pedro Ximénez, Moscatel, Garnacha, Guindas rojo y blanco y Malvasía

Alicante, Oporto, Naranjas Mandarinas y Amontillados Fino Malagueño, Masa Fino, etc.

Manzanilla de Sanlúcar

Tinto de mesa y seco oscuro, preparado especialmente para los mercados de Venezuela y Colombia

Cognac fine champagne, Ron y Ginebra holandesa

Anisete exquisito igual al Ojén

Esta casa, sin rival en clases, calidad y precios, posee una colección completa de vinos de todas las añadas desde época inmemorial y puede por consiguiente, expedir vinos de todas las edades.

Representación y Depósito: Albareda, 20, 3.º

GERONA

CENSO REPUBLICANO

El empadronamiento del pueblo republicano es una necesidad; pues sólo así pueden contarse sus fuerzas y depurarse debidamente sus representaciones.

Para facilitarles hemos impreso unas hojas talonarias, que, cortadas, dejarán en su matriz, y en poder del empadronado, para que le sirva de cédula, nota de su nombre, naturaleza, edad, estado, domicilio, profesión y noticia si sabe leer y escribir.

Cada cincuenta ejemplares de estas hojas de excelente papel, encuadradas en un libro talonario, con tapas de cartulina, se enviarán francas de porte, mediante el pago adelantado de una peseta, y cada cien hojas en igual forma 1.50 pesetas, pidiéndolas á la Administración de «El Republicano», Pez, 46.—MADRID.

TALLER DE SILLERÍA

Restauración de muebles

JOSÉ SAGRERA

2, Calle de las Bernardas, 2

GERONA

Tenedor de libros Se ofrece para llevar los de una ó varias casas de comercio de esta ciudad.

Para informes en esta Redacción.

DISPONIBLE